

Leopoldo Torre Nilsson recurrió siempre a la literatura como fuente inspiradora de sus filmes

Ana María Amado / I

El día 10. de agosto de 1977 la Cinemateca Argentina realizó una retrospectiva completa de la obra cinematográfica de Leopoldo Torre Nilsson quien murió ayer en Buenos Aires, como un homenaje al fértil itinerario que este director desarrollara en tres décadas de actividad. "Se dice que una de las actividades más retrógradas o más pasatistas del hombre es contemplar con exceso su propio pasado", dijo entonces. "Curiosamente, an-

te la posibilidad de una retrospectiva de mi obra, pienso yo más en el futuro que en el pasado. Es decir, soy consciente del pasado, pero mi preocupación está en que, si hace treinta años que vengo haciendo películas a razón de una por año, qué podré decir dentro de treinta años, si es que digo alguna cosa"

Tenía muchas esperanzas en ese momento, cuando acababa de salir de la primera operación quirúrgica -- luego le se-

quirían tres más -- a raíz de un problema en la columna vertebral, dolencia que aunada ahora a otras complicaciones provocaron su muerte ayer a los 54 años. No fue demasiado pródigo con él ese futuro, para el que reservaba tantas expectativas este realizador que jugó un papel fundamental dentro del cine argentino.

Hijo de Leopoldo Torres Ríos, un director afamado como verdadero creador en los 40 con obras costumbristas y

populares, admitió en varias oportunidades que sus comienzos en el cine se debieron más bien a una imposición de las circunstancias que a una verdadera vocación, aunque ésta no tardaría en revelarse. Y desde esos pasos iniciales, su firme inclinación por la literatura -- aún como joven lector de 23 años -- privó antes que nada: junto a su padre dirige el primer largometraje de su carrera, *El crimen de Oribe* (1948), basado en el cuento *El perjurio de la nieve*, de Adolfo Bioy Casares. El resultado era imperfecto quizás, pero significaba la aventura de rastrear -- de elegir -- una literatura entonces poco difundida y casi inimaginable en la producción comercial de la época.

Lo mismo sucedió con *Ena Zunz*, de Jorge Luis Borges que Torre Nilsson dirige en 1950. Fue una película frustrada, pero el intento revela más aquella obstinación por los temas literarios que una especulación de otro tipo, ya que la celebridad actual de Borges no existía entonces.

Una y otra vez vuelve a las novelas, a los cuentos, como fuentes inspiradores de sus filmes: Delmiro Sáenz (*Setenta veces siete*, 1962), José Hernández (*Martin Fierro*, 1968), Ricardo Rojas (*El santo de la espada*, 1970) Roberto Arlt (*Los siete locos*, 1973), Manuel Puig (*Boquitas pintadas*, 1974), y de nuevo Bioy Casares (*La guerra del cerdo*, 1975) son algunos nombres y títulos que ilustran esa persistencia señalada.